

los: *Dormiebat sopore gravi*. ¿Qué diré de la avaricia, de aquella sed insaciable de amontonar, gigante entre las pasiones? Tampoco se deja con el tiempo; ántes el tiempo la fortalece, y hay infinitos ricos semejantes al del Evangelio, que de buena gana eligen caminar al infierno ántes que dar un jarro de agua ni un pedazo de pan á tantos Lázarus mendigos como llegan á sus puertas. Si la hacienda la han juntado con fraudes, con usuras, é injusticias, no hay por eso valor para obligarlos á restituir ni á desprenderse de lo que no es suyo: están ya con el alma en los labios y con el corazón en los tesoros. ¡Infelices! ¡Y qué pasión tan tirana! Los confesores más celosos nada adelantan con tales hombres; han tenido el dinero por ídolo toda la vida y le tienen también en la muerte durmiendo sobre el peligro: *Dormiebat sopore gravi*. En una palabra ya ha llegado el pecado á habituarse en el alma y estar de asiento en el corazón; ya no hay fuerzas para destronarle. Es un tirano despótico y violento que todo lo avasalla, y solo una gracia poderosísima es capaz de sujetarle. El hombre lascivo en la juventud también lo es en la vejez; la mujer vana en la primavera de sus días floridos del mismo modo sigue en el invierno de su deshojada ancianidad; el iracundo y furioso llevará siempre consigo el furor y la iracundia; y si es cierto que se muere como se vive, ¿cuál será la muerte de los que han vivido esclavos de sus pasiones, sinó una muerte infeliz y un término desgraciado? Veán ahora los pecadores de reincidencia y de costumbre envejecida el peligro en que se hallan; y pues que no les queda otro recurso que pedir á Dios su auxilio poderoso para vencerse á sí mismos y salir de tan lastimoso estado, deben clamar continuamente al Señor y decirle de todas veras: ¡Oh Dios mio, padre de las misericordias! en vuestra mano teneis los corazones de los hombres: poco importa que yo me halle lleno de lepra, de culpas y de pecados; á vuestra voluntad omnipotente nada se resiste: obrad pues en mi alma una mudanza tan nueva que pueda decirse que es mudanza propia de la diestra del Excelso. De mi parte os prometo seguir vuestras inspiraciones, dar de mano á mi mala vida, dedicarme á vuestro servicio, aprovecharme de vuestra gracia, que es el único medio para veros y gozaros en la eternidad de la gloria.

REINCIDENCIA EN EL PECADO.

II.

Et fuit novissima hominis illius peiora prioribus.

Y el postrer estado de aquel hombre viene á ser más lastimoso que el primero.

(MATH. XII, 45.)

¡Qué terrible pintura de la recaída nos presenta el Evangelio, hermanos míos! de aquel pecado tan comun, que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el comun estado de los cristianos! No podemos idear cosa más horrible que la suerte de un hombre poseído del demonio, entregado al furor y á la discrecion de este enemigo del género humano, aunque propiamente hablando, no es más que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupción; pero si se ha de creer á nuestro divino Maestro, es mucho más deplorable el estado de una alma infiel, que despues de haber salido de sus primeros desórdenes, despues de haber gustado el don celestial, se deja arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseída de un solo demonio, sinó que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella, y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada, y se establecen allí para no volver á salir: *Et intrantes habitant ibi* (MATH. XI, 45).

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro divino Salvador, que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fuit novissima hominis illius peiora prioribus*. Porque nos dá á entender, que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra repobacion; y que muy rara vez nos volvemos á Dios, cuando despues de haberle dejado nos hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea

tan horrible, y por qué es tan difícil levantarse después de haber recaído? Os contestaré: porque es uno de aquellos vicios que no tienen excusa, y del que todo debe temerse. Primeramente, no tiene excusa un pecador que recaído, porque su pecado no es inadvertencia, fragilidad, ni ignorancia, sino la más odiosa ingratitud, la más infame perfidia, y el más declarado desprecio. En segundo lugar, todo debo temerse del pecado de recaída, porque comunmente guía á la impenitencia y á un estado fijo y tranquilo de pecado. Espero demostrarlo después de haber pedido los auxilios de la gracia. A. M.

4. Así como el agradecimiento es la obligación más esencial de la criatura para con el Criador, y el respeto de que se muestra más celoso el soberano bienhechor de los hombres; la ingratitud es el vicio más injusto y del que comunmente se muestra más ofendida su bondad. Pues, amados oyentes míos, si después de haberos levantado por la gracia de los sacramentos volveis á caer y á vivir en vuestros antiguos desórdenes, no solamente sois ingratos, sino que vuestra ingratitud está acompañada de las más abominables circunstancias. Idlas notando conmigo. Primeramente, cuanto mayor es el beneficio, tanto es más abominable la ingratitud con que se olvida. Ahora bien, amados oyentes míos; ¿qué beneficio más señalado que el de vuestra libertad, la que recibisteis cuando movidos del horror de vuestros delitos vinisteis á descubrirlos al pié de los altares, y á prometer á Dios una vida más retirada? Erais hijos de ira y monstruos de iniquidad: estabais cargados de mil anatemas que debían haceros eternamente enemigos de Dios; no teniais parte en la esperanza de los cristianos; ya estabais juzgados, y vuestra condenacion era indefectible. ¿Podía ser más terrible vuestra desgracia? Pues opond á esta deplorable situacion el estado en qué os colocó la gracia de los sacramentos: os hizo hijos de Dios, herederos del cielo y de las futuras promesas, y miembros del mismo Jesucristo; vuestra alma hermo-seada con la justicia se hizo morada del Espíritu Santo; recibisteis la caridad, aquel don que durará eternamente, más precioso que todas las grandezas de la tierra, con cuya posesion gozais de todos los demás bienes, sin el que nada seriais, aún cuando fuerais monarcas. ¿Qué se puede añadir á la magnificencia de este beneficio? ¿Puede pagarse dignamente, aún cuando se emplee toda la vida en agradecimientos? Pero vosotros, amados oyentes míos, apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitud. Acordaos, en segundo lugar, del modo con que se os concedió. ¿En qué peligro estabas, alma infiel, cuando Dios movió tu corazón? ¡Ah! bien

lo sabes; te hallabas en lo profundo del abismo y de la disolucion, dispuesta á caer en el último grado de insensibilidad, de donde es imposible salir, y acaso hubieras perecido sin remedio, si te hubieras negado su gracia en aquellas circunstancias. ¿Qué tiempo escogió para concedértela? ¡Ah! acaso las mismas circunstancias del delito fueron ocasion de algunas vivas reflexiones acerca de la infamia y breve duracion del placer que acababas de preferir á tu Dios, y en aquel fatal momento en que debiera haber arrojado sobre ti todos sus rayos, derramó sobre tu alma un rocío de gracia. ¿Puede haber cosa que más mueva que el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le está ultrajando?

En tercer lugar: no hablo del gran número de delitos que os ha perdonado el Señor: ¿con qué conciencia vinisteis al sagrado tribunal de la penitencia? Allí visteis horrorizarse al ministro de Jesucristo, y aún no podiais sufrir su presencia sin temblar á sus piés, llenos de confusion y de espanto. ¿Cuánto tiempo habia que estaban señalados todos vuestros dias y todos vuestros instantes con las más vergonzosas caídas? Con todo eso, el Señor no quiso entrar en cuentas con vosotros. Mil años, dice el profeta, no son á su vista más que un dia, y la infinidad de pecados de que erais culpables, no han sido en su presencia más que como un solo pecado, que inmediatamente os perdonó. Desde entónces miró todas vuestras culpas como si nunca las hubierais cometido; su bondad las borró del libro de la muerte donde estaban escritas con caracteres inmortales. Cuanto más se olvidó el Señor de las ofensas, más debiais vosotros conservar la memoria de su bondad, y evitar otras nuevas; y si después de esto volveis á pecar, vuestra ingratitud es la más abominable.

A la ingratitud añade el pecador la perfidia; quebranta la fé que prometió á un Dios terrible en el lugar santo, á vista de los altares, y de la que fueron testigos todos los celestiales espíritus; quebranta una alianza sellada con lo más sagrado y augusto de la religion, confirmada con la sangre del Cordero, y con las más irrevocables solemnidades; hace traicion á unas promesas juradas en manos del ministro de la reconciliacion, que las habia recibido en nombre de Jesucristo.

Sin duda, amados oyentes míos, que os habeis horrorizado siempre que os han hablado de la perfidia del discípulo que entregó al Salvador; nunca habeis oido el nombre de este monstruo sin horrorizaros; pero aún me parece más infame vuestra recaída después de los gemidos de la penitencia: porque, á lo ménos, no se lee que Judas hiciese á Jesucristo grandes protestas de fidelidad: de casi todos los

demás discípulos las refiere el Evangelio. Solamente Judas no habla en parte alguna; y á lo ménos, con aquel afectado silencio y con aquella indiferencia nos dispone, como anticipadamente, á su perfidia. Pero vosotros, amados oyentes míos, como si pretendierais entretener á Jesucristo con las más fervorosas exterioridades de fidelidad, le habeis llamado vuestro querido, como la esposa; vuestro libertador, como la hija de Sion: vuestra porcion, vuestra herencia, el Dios de vuestro corazón, como el penitente rey; y con todo eso estos afectos no eran más que preludios de vuestra perfidia. ¡Oh alma infiel! qué vil y qué despreciable te has hecho á su vista, despues que has vuelto á tus antiguos caminos!

A la ingratitud y á la perfidia añadis tambien el desprecio. Si vuelvo á edificar lo que habia destruido, dice S. Pablo, me declaro provaricador (GALAT II, 18); esto es, transgresor declarado de la ley. ¿Es posible que os hayais de volver á Satanás despues de haber gustado y examinado las utilidades que se hallan en el servicio de Jesucristo? despues de haber comparado la dulzura y la gloria de su yugo, con la vergüenza y servidumbre del pecado? La comparacion manifiesta la ventaja de uno de los dos extremos que se comparan; comparais el cielo con la tierra, la iniquidad con la justicia, los deleites de los sentidos con los de la gracia, á Jesucristo con Belial, y no obstante, os declarais á favor de este último, y afirmáis que es mayor, más amable y más digno de ser servido que vuestro Dios. ¡Oh, Señor! ¡qué ultraje de vuestra gloria, siendo vos, Señor, un Dios á quien ofende toda division, y á quien insulta el igualarlo á las criaturas, aún en el amor y en el respeto! Vos rompisteis mis lazos, ya no me verán más apretar sus funestos nudos. Vos me habeis sacado de las puertas del infierno, no volveré más á bajar allí, temiendo que mi último estado sea peor que el primero. Y á la verdad, hermanos míos, la recaida no solamente es un vicio que no admite excusa, sino que tambien es un vicio del que no hay mal que no deba temer el pecador, por causa de la impenitencia á que tarde ó temprano le reduce.

2. No hay cosa más cierta, que el que las recaidas vienen por último á parar en un estado fijo y tranquilo de culpa; y no dudareis de esta importante verdad, si quereis hacer conmigo tres reflexiones que claramente la demuestran. La primera, que los medios de salud eterna, que por lo comun obran la conversion de otros pecadores, son inútiles para el que recae. La segunda, que aún dado caso que pueda valerse de ellos, Dios se cansa de concedérselos. La tercera, que aún cuando la bondad de Dios no se cansará, la malicia particu-

lar del pecado de recaida, junta con la natural disposicion del corazón humano, ha de conducir necesariamente al pecador á la obstinacion.

En primer lugar: los medios ordinarios de que Dios se vale para convertir á un pecador son las nueve luces con que le favorece; con éstas, como un rayo repentino que sale del seno del mismo Dios, se halla el alma ilustrada acerca de sus obligaciones, de sus infidelidades, de la vanidad de las cosas de la tierra y de la realidad de los bienes futuros; entónces, atemorizado el pecador, se indigna contra la torpeza de sus pasados errores, y sigue la verdad que se le presenta. Pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros que habeis sido movidos de Dios, si volveis á vuestros primeros caminos, os será inútil en adelante este medio de eterna salud. Porque os pregunto; ¿qué podrán descubrirnos de nuevo la voz de Dios y las verdades de la fe? Habeis visto claramente las santas máximas, las ilusiones del mundo, las verdades terribles de lo porvenir; estas ya no son para vosotros luces nuevas, ó á lo ménos han perdido para vosotros aquel terror y aquel efecto de la novedad, que es tan feliz para otros pecadores: luego ya no os podrán asustar, atemorizar, ni derribar.

El segundo medio de salvacion para los demás pecadores es el gusto de la gracia. Este es un nuevo consuelo que acompaña los principios de la justificacion, y un divino atractivo que lleva tras de sí al corazón. Pero tú, alma infiel, que has experimentado estas santas impresiones, que has dicho al Señor como aquel apóstol: Aquí estamos bien con vos, ¿qué gusto podrá ofrecerte una nueva y santa vida, que ya no le hayas experimentado? Una sola obligacion de piedad cumplida con gusto, un solo deseo amoroso de salvacion triunfa las más veces de la dureza de un pecador; pero tú ¡ah! te has formado un corazón acostumbrado á sentir, á suspirar, á gemir, y despues de esto á recaer; tienes un alma tierna, que nació con algunos sentimientos de religion que todo lo mueve, pero nunca lo bastante; la obstinacion no será la que te condene, sino una sensibilidad de conciencia que te entretiene y no te corrige. ¡Ah! si supieras cuál es el peligro de tu estado, y lo poco que hay que esperar de tu eterna salud, temblarías. La sentencia de Jesucristo en este particular es terrible. Aquel, dice, que despues de haber puesto la mano en el arado mira atrás, no es á propósito para el reino de Dios: *Non est aptus regno Dei* (LUC. IX, 62). No dice Jesucristo, éste pierde el derecho que tenia al reino de Dios, corre peligro de ser excluido de él para siempre, sino que no es á propósito: *Non est aptus*. Esto es, sus inclinaciones, su natural, la disposicion particular de su corazón le hacen inhábil para la eterna salud.

Dios se causa de seguir los pasos de un pecador que continuamente está recayendo, y de alargarle tantas veces una mano favorable; aquella sensibilidad, que aún le queda á las verdades de eterna salud, se apagará; calmarán aquellos movimientos que no le dejan vivir tranquilo en la culpa; y no se le concederán más aquellas gracias que aún le mueven algunas veces. Ya he dicho otra vez, que no hay cosa que más aparte á Dios de una alma, que cuando el pecador se deleita en reparar continuamente la obra del demonio, y en edificar todos los días de nuevo lo que en él acababa de destruir la gracia. En los libros santos está escrito, que incurra en una maldición eterna aquel que quisiere levantar los muros de Jericó, que habia arruinado el Señor solamente con el ruido de las trompetas de los sacerdotes del Judá. ¡Ah! cuando la sonora palabra del Evangelio, figurada en las trompetas de Judá, puesta en la boca de los ministros santos, ha destruido en un corazón la delinente Jericó que habia edificado el demonio, se indigna la divina misericordia de que el ingrato pecador se atreva á levantarla sobre sus propias ruinas, y regularmente una maldición terrible es la pena de este atentado. Y á la verdad, ¿qué motivo podreis tener para quejaros cuando Dios usa con vosotros de esta justa severidad? ¿No es el dueño de sus dones? Y por otra parte, ¿no os ha esperado bastante tiempo á penitencia? ¿De qué medios no se ha valido para fijar las eternas inconstancias de vuestro corazón? ¡Ah! ¿no es preciso que tenga también sus tiempos de justicia como de misericordia, y que despues de haber esperado tanto tiempo con bondad, para ver si el árbol cultivado y regado dá fruto, le maldiga finalmente, viendo, cuando vuelve á visitarle, que han sido inútiles todos sus cuidados?

Pero, aún cuando Dios no se retirara del pecador que recae, basta solamente la malicia de la recaída y el carácter del corazón humano para poner al alma en el estado de que hablo. A la verdad, sucede en las recaídas del alma lo que en las del cuerpo; ya os he dicho, y debéis saberlo, que por lo común acaban con una extinción absoluta é irrevocable de la vida: para la primera caída se hallan alivios en la fuerza de la edad y en el vigor del temperamento, y es fácil el repararse; pero si las caídas se repiten, el cuerpo se cansa, la salud se debilita, la naturaleza se arruina, y cualquier golpe casi es mortal. Del mismo modo en la vida cristiana, es fácil levantarse de la primera caída; la fé que aún no está apagada, los movimientos de la gracia que aún se sienten, la salud del alma que no está absolutamente arruinada, todo esto, puede facilitar la conversión del pecador; pero si volveis á caer, ¡ah! poco á poco se apagan las luces, se pier-

de la fuerza del alma, perecen los dones de la gracia, y finalmente recaéis tantas veces, que llegais á caer para nunca más levantaros, y queda como oprimida el alma bajo el peso de la última caída.

Recopilemos, ántes de concluir, amados oyentes míos, estas importantes verdades: el fruto que de ellas debemos sacar es este; estais de pié, cuidad de no caer, acordaos de que llevais en un vaso de tierra el tesoro de la gracia recibida; huid de las apariencias del mal; orad mucho; desconfiad de vosotros mismos; aprended en vuestras pasadas caídas los medios de evitarlas; y sacad bien del mal, á ejemplo del mismo Dios: cuando uno ha sido pecador, es tan fácil el volverse al vicio, y son tan resbaladizos los pasos, que nunca pueden ser excesivas las precauciones para evitar estas desgracias. Pero, si aún vivis en alternativa de gracia y de pecado, declaraos por último; ya habeis balanceado bastante tiempo entre el cielo y la tierra. Si Baal es Dios, adorad á él solo enhorabuena: pero si el Señor es el Dios verdadero, no adoreis á otro más que á él. ¿Para qué son esos esfuerzos que haceis para volveros á él, y esas flaquezas con que os apartais? ¿Para qué esas continuas variaciones de culpa y de virtud en vuestro corazón? ¿Para qué esos deleites y esas lágrimas? Fijad bien en Dios todas las agitaciones de vuestra alma, para que fundada y radicada en la caridad, no seais ya un hombre temporal, y podais ir algun día á recoger en el cielo la corona de inmortalidad destinada á los que perseveran hasta el fin. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

REINCIDENCIA.—Es un efecto de nuestra cobardía.

Es un efecto de nuestra ingratitud.

Es un efecto de nuestra corrupción.

REINCIDENCIA.—La facilidad con que recaemos debe inducirnos á dudar de la sinceridad de nuestra penitencia.

El poco cuidado que ponemos en evitar las reincidencias, debe convencernos que no detestamos bastante el pecado.

REINCIDENCIA.—Por ella el pecado se hace más enorme.

Por ella el perdón se hace más difícil.

Por ella la pasión se hace más fuerte.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE LAS REINCIDENCIAS.

Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, et non intrent in justitiam tuam. Psalm. LXVIII, 28.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit. Prov. XVIII, 5.

Sicut canis, qui revertitur ad vomitum suum: sic imprudens, qui iterat stultitiam suam. Idem. XXVI, 11.

Homo qui jejuna in peccatis suis, et iterum eadem faciens, quid proficit humiliando se? Eccli. XXXIV, 31.

Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas! Jerem. II, 56.

Super tribus sceleribus Damasci, et super quatuor non convertam eum. Amos. I, 5.

Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus. Luc. XI, 26.

Ece sanus factus es; jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. Joann. V, 14.

Quo secundum Deum tristitia est, penitentiam in salutem stabilem operatur. II Cor. VII, 10.

Si quæ destruxi, iterum hæc ædifico: prævaricatorem me constituo. Galat. II, 18.

Impossibile est eos, qui semel sunt illuminati, gustaverunt

Tú permitirás que añadan pecados á pecados, y no acierten con tu justicia.

De nada hace ya caso el impío cuando ha caído en el abismo de los pecados.

Como el perro que vuelve á lo que ha vomitado; así es el imprudente que repite ó *recae* en su necesidad.

El hombre que ayuna por sus pecados, y de nuevo los comete, ¿qué provecho saca de su mortificación?

¡Oh, y cómo te has envilecido hasta lo sumo volviendo á tus malos pasos!

Después de tres, cuatro y más maldades que ha cometido Damasco, ya no la convertirá.

El último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero.

Bien ves como has quedado curado; no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor.

La tristeza que es según Dios, produce una penitencia ó *enmienda* constante para la salud.

Si yo vuelvo á edificar lo mismo que he destruido *como inútil*; me convengo á mí mismo de *prevaricador*.

Es *moralmente* imposible que aquellos que han sido una vez ilu-

etiam donum celeste... et prolapsi sunt: rursus renovari ad pœnitentiam. Hebr. VI, 4, 6.

Si refugientes coinquinationem mundi... his rursus implicati superantur: facta sunt eis posteriora deteriora prioribus. II Petr. II, 20.

minados, que *asimismo* han gustado el don celestial de la *Euca-ristia*... y que después de todo esto han caído; que sean renovados por la penitencia.

Si después de haberse apartado de las asquerosidades del mundo... enredados otra vez en ellas son vencidos; su postrera condicion viene á ser peor que la primera.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Algunos Padres han observado que Adán, el primero de todos los pecadores, después de cometido el primer pecado, jamás volvió á coquinarse su alma con ningún pecado mortal. Los que, como él, han perdido su inocencia, deberían imitar tan buen modelo. Dice el sagrado texto, que *Sapientia educit illum à delicto suo* (Sap. X), sin que jamás reincidiera en él.

La reincidencia en el pecado lleva consigo castigos más terribles. De esto tenemos un ejemplo en Faraón, cuyos pecados posteriores fueron mas ejemplarmente castigados que los primeros que cometió (Exon. VIII).

El demonio tiene con los pecadores la misma conducta que tuvo Faraón con los israelitas, á los cuales ya dejaba marchar al desierto para sacrificar á Dios, pero con la condicion, que se desajen en Egipto sus ganados para obligarlos á volver y ponerse de nuevo bajo su esclavitud. Así el demonio no impide á los infelices pecadores el que se confiesen y comulguen cuando urge el precepto; pero les hace conservar todos los afectos, costumbres y ocasiones del mundo, para que luego vuelvan, pecando, á caer bajo su esclavitud.

Pero lo que nos demuestra más claramente la infelicidad del pecador que reincide en sus pecados es el ejemplo del desventurado Sansón, el cual después de haber probado otras veces sus fuerzas con las de sus enemigos y siguiendo en su pecado, Dios le abandonó, fué preso por ellos y tratado como un animal (Junic. XVI).

Así que Jesucristo hubo curado al paralítico de la piscina, no le encargó de guardarse de la humedad, de los aires nocivos, etc. para que no se repitiera su parálisis, sino que se guardara de volver á pecar, por temor de que experimentara un castigo más riguroso del

que hasta entónces habia sufrido: *Ecece sanus factus es: jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat* (JOANN. V). Leccion importante para los reincidentes.

PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Minor est culpa deliquisse ante, cum necdum nosset disciplinam Dei; nulla est venia ultra delinquere, postquam Deum nosse cepisti. S. Cyprian. de disc. et hab. Virg. Es en algun modo disculpable el pecar cuando aún no se conoce la ley de Dios; pero es muy difícil el perdon para el que peca, despues de haber conocido á Dios.

Ubi emendatio nulla, penitentia sine fructu. Tertull. lib. de Penitent. cap. 5. Cuando no aparece ninguna enmienda, toda penitencia es infructuosa.

Nullus quod peccatum esse confessus est, deinceps debet admittere, quia confessio peccati professio est desinendi. S. Hilar. in Psalm. 157. Nadie debe volver á cometer lo que ha confesado ser malo, porque la confesion del pecado es la promesa de la enmienda.

Non est penitentia saepe petere veniam ab iis quae saepe peccamus. S. Clem. Alexand. Stromat. lib. 2. No es verdadera penitencia el pedir muchas veces perdon de aquellos pecados que muchas veces repetimos.

Indulgentiae ingratus est, qui post veniam peccat, et qui post curam seipsun vulnerat; nec mundari meretur, qui seipsun post gratiam sordidat. S. Chrysost. Hom. 2 de laps. prim. par. Es indigno de la misericordia el que peca despues del perdon y renueva sus heridas despues de haber sido curado; ni merece ser lavado el que despues de limpio vuelve á ensuciarse.

Si á Domino illuminati, et à prima delictorum miseria erepti, rursus ad eandem malignitatem revertimur, gravior puniatio nos profecto expectabit. Idem. Hom. 44 in Matth. Si despues que el Señor nos ha iluminado y arrancado del abismo de los primeros pecados, volvemos á cometerlos, merecemos sin duda un castigo más horrible.

Nihil prodest remissio peccatorum, qui scelerate vivere pergit. S. Basil. can. 8 de Penit. De nada aprovecha el perdon de los pecados al que persevera pecando.

Nemo post centum peccata, nec post mille crimina, de divina misericordia desperet. San August. Serm. 58 de Temp. Nadie desespere de la divina misericordia, aunque haya cometido cien ni mil pecados.

Penitentia illa digna et bona est, quae peccata peracta deplorat, sic ut deplorata iterum non committat. Idem. Serm. 41 ad Fratr. Es acepta y verdadera la penitencia, cuando nos hace doler de tal modo de los pecados, que nos aleja para siempre de cometerlos.

Peccatum, quod penitentia non deletur, mox suo pondere aliud trahit. S. Gregor. 3 part. Cura past. El pecado que no se borra por la penitencia, con su peso nos arrastra á otro.

Tales (recidivi) nunquam diluunt gemendo peccata quia nunquam desinunt peccare post gemitum. S. Fulgent. de pecc. remiss. Estos (los reincidentes) nunca borran sus pecados con todas sus lágrimas, porque despues de llorar vuelven á pecar.

Isaias ait: Lavamini et mundi estote. Lavatur, et mundus est, qui et prae terita plangit, et flendo iterum non committit. S. Isidor. de summ. bono, cap. 6. Isaias dice: Lavaos y conservaos limpios de vuestras culpas. Aquel pues se lava y queda limpio, que llora sus pecados pasados, y en sus lágrimas no los repite.

Recidere quam incidere deterius est. S. Bernardin. Serm. 54. Es peor reincidir que pecar.

REINCIDENCIA; véase: PECADO.

RELACIONES SOCIALES.

Cum invitatus fueris ad nuptias, non discubas in primo loco.
Cuando fueres convidado á bodas, no te pongas en el primer puesto.

(LUC. XIV. 8.)

Queriendo un doctor de la Iglesia reasumir todas las virtudes del cristiano, dijo, que su vida debía ser un compendio del Evangelio, es decir, un Evangelio en práctica. Ahora bien, el Evangelio, este libro no compuesto ni inventado por el hombre, encierra el corazón, el alma y la vida de N. S. Jesucristo; luego, por una consecuencia lógica, el cristiano debe ser otro Jesucristo, *Christianus alter Christus*. Y si ha de reproducir y copiar sus pensamientos, sus sentimientos, hacer revivir sus ejemplos adorables, es evidente que ha de mirar, estudiar y contemplar con amor aquella divina imagen; inspirarse por doquier y siempre en sus acciones y en su espíritu, y recordar sus ejemplos y sus enseñanzas en todas las circunstancias de su vida. El Evangelio de hoy, hermanos míos, nos presenta al Salvador, aceptando con agrado y sencillez la invitación de un Fariseo, que le pidió se dignase aceptar una comida; y en esta ocasión dió, bajo la forma mas amable, importantísima enseñanza á los convidados, que los dejó llenos de asombro. Paréceme, hermanos míos, que obraré en armonía con las intenciones de la Iglesia, aprovechando esta ocasión para decirnos algunas palabras acerca de las relaciones de los cristianos con el mundo y las reglas que deben presidirlas. Implémoslas ántes de la gracia: A. M.

1. Si estudiamos con detención, hermanos míos, la vida privada, la vida íntima del Salvador, vemos desde luego, que lo que principalmente le constituye es la muerte y el martirio de la naturaleza, de sus instintos y de sus tendencias ordinarias; y que con esta mira, escogió por patrimonio la pobreza, la humildad y el trabajo manual y grosero. En el retiro y silencio se dedicó constantemente á combatir, y, en cierta manera, á hacer morir en sí mismo el gusto natural á las

riquezas, honores y placeres. En su vida pública y social su objeto predilecto fué unir á los hombres con Dios, y entre sí por medio de una caridad verdadera y perfecta: Os he dado un gran mandamiento, decía, el de amaros los unos á los otros como yo os he amado: *Eccc mandatun do vobis ut diligatis invicem sicut et ego dilexi vos*. Quiere, hermanos míos, que nos amemos, como él amaba á sus apóstoles y á sus discípulos; como amaba al mundo entero y se complacía en manifestarlo en todas las circunstancias de su vida mortal. Algunos autores de los primeros siglos de la Iglesia muy dignos de fé, nos refieren que cuantas veces volvia fatigado de sus excursiones penosísimas á traves de montes y valles, despues de haber consolado á lcs afligidos, evangelizado á los pobres y sembrado la buena nueva, se reunia con sus apóstoles, dichosos de volver á verle, y tomándolos por la mano, los conducia á algun lugar retirado, donde, abandonándose á las más dulces confidencias, se complacía en abrazarlos, refiriéndoles los gozos y fatigas de sus correrías divinas. Amábalos como los amigos y los compañeros de sus trabajos, como á los futuros testigos y mártires de su Evangelio; su corazón estaba siempre abierto para ellos, rebosando en sus palabras imponderable ternura. Formados en tan divina escuela, los apóstoles, á su vez, no tuvieron sinó entrañas de ternura y de amor para los primeros fieles que engendraron á la fé, comunicándoles el espíritu de unión y de caridad recíproca, por cuyo motivo dijo uno de ellos, que no tenia sinó un corazón y una alma: *Erant cor unum et anima una*.

En efecto, hermanos míos; ¿cabe imaginar un cuadro más bello que el que nos ofrecen las primeras familias cristianas? Pues bien; nosotros descendemos de ellas en línea recta, y somos los herederos de tan bellas tradiciones y generosos sentimientos. Cúmplenos, pues, hacer revivir entre nosotros ese espíritu de fraternidad cristiana y de caridad que constituia la dicha y el gozo de aquellas grandes sociedades; hemos de procurar que el mismo espíritu sea el verdadero vínculo de nuestras relaciones. El hombre, como se ha dicho muy bien, es un sér social y religioso; todos somos llamados á vivir en sociedad: tal es nuestra vocación ordinaria, normal y providencial. Nuestros instintos naturales, todas nuestras fuerzas vitales nos llevan á tratar con los otros hombres, y sentimos una profunda aversión por el aislamiento y el silencio absoluto. Nuestra naturaleza rechaza con energía una soledad forzosa, y es cosa ya admitida hoy por todo el mundo, que enantos sistemas tienden á aislar el hombre, á secuestrarle y confinarle léjos de todo contacto con sus semejantes,

es contrario á su principal instinto, el de la sociabilidad, y produciría fatales resultados para el cuerpo y para el alma. Cuestion es esta que está definitivamente juzgada por una larga experiencia, y dolorosos ensayos. En efecto, hermanos míos, cuanto mayor es la expansión de la sociedad en que vivimos, tanto más libre es en sus movimientos, en sus relaciones afectuosas, y tanto mejor respiramos á satisfacción nuestra. Se ha dicho que toda alma bien nacida ama á su patria; sí, hermanos míos, esto es verdad, sobre todo, cuando la patria es una madre que nos tiende sus brazos para estrecharnos á todos con un mismo y comun amor: entónces sus recuerdos y su dulce imagen nos siguen por do quiera, con dolor nos separamos de ella, é intolerable nos parece la idea de tener que morir lejos de nuestro hogar. ¿El patriotismo es acaso otra cosa que el amor filial para con el país en que hemos nacido, que nos ha alimentado, protegido y conservado, y en el cual hemos disfrutado los goces mas puros y sanos? Hermanos míos, todo lo debemos á la sociedad que nos ha suministrado no solo el pan para alimentar el cuerpo, sino también los medios para cultivar la inteligencia, el pan del alma.

Hay, sin duda, numerosas y respetables excepciones. ¿Quien no ha oido referir la vida y las admirables virtudes de amigos é hijos de la soledad y de la contemplación? A los tales, aún cuando les hubiese faltado la sociedad de los ángeles, Dios solo les habria bastado, pudiendo decir con San Bernardo: «Nunca estoy ménos solo, que cuando estoy solo.» Mas estas vocaciones son extraordinarias, milagrosas y absolutamente fuera del orden natural; Dios no llama á la soledad sino á ciertas almas escogidas, y nosotros debemos respetar los decretos de su providencia. No faltan tampoco, hermanos míos, solitarios ménos felices, ménos voluntarios que los que acabamos de mencionar, que, al parecer, huyen del día y de la luz. Me refiero á ciertos caracteres desgraciados, hombres enfermos y de poco ánimo, á quienes amargas decepciones alejan del mundo y empujan hácia el retiro del corazón y del entendimiento. Semejantes casos, ómpero, son raros, y no pueden servir de regla; por el contrario, esos desterrados voluntarios de la desgracia, esos fugitivos de lo que yo llamo el foco del corazón y de la vida, son muy dignos de nuestra compasión. Mas si la sociabilidad es uno de nuestros primeros instintos, una necesidad y nuestro elemento vital, no es para que sea una abstracción, una vana teoría, nó: la vida social ha de manifestarse exteriormente; y para esto tiene su forma, sus costumbres, y su movimiento regular, sus asambleas, sus agapes, y sus fiestas, en las cuales su corazón se dilata; sus hogares, en donde los espíritus se reaniman, se rejuvene-

cen, y se regeneran. Indudablemente los vínculos sagrados que unen á los ciudadanos de un mismo país, á los hijos de una misma patria, se debilitarian con el tiempo, si una atmósfera social de vez en cuando no los fortalecise y estrechase. Es, pues necesario, de toda necesidad, que nosotros vivamos en medio de esa atmósfera, y que de esta suerte nos conozcamos y nos estrechemos unos á otros con confianza, amistad y afecto.

A este fin tienden las invitaciones que nos dirigimos recíprocamente; por esto nos sentamos en una misma mesa y desahogamos nuestro pecho en una dulce intimidad; y si bien no se acostumbra ahora á beber en la misma copa, á lo ménos participamos del mismo pan en espíritu de unión y de fraternidad evangélica. ¿Quién se atrevería á negar, hermanos míos, la trascendencia moral y religiosa de los modestos agapes de familia en los pueblos? No trato de los banquetes del mundo oficial, en las cuales la profusión y lo exquisito de los manjares contrasta visible y tristemente, no digo con el apetito, sino con la pobreza de sentimientos; sean cuales fueren las acusaciones de nuestros enemigos bajo este respecto, no quiero reprobarlos ni condenarlos absolutamente. Por el contrario, quisiera que esas reuniones se multiplicasen; pero que estuviesen al mismo tiempo animadas de un verdadero espíritu, de manera que pudiéramos encarecerlas y hasta bendecir la mesa y los convidados. En esto, hermanos míos, no haríamos más que seguir el ejemplo que nos dió el Salvador en el Evangelio de este día, comiendo en casa de un Fariseo, con asombro de sus discípulos. Estas reuniones, al rededor de una mesa frugal, nos recuerdan la vida patriarcal, la hospitalidad y la cordialidad de los primitivos cristianos, y redundan singularmente en provecho de los corazones y de la caridad: son la fraternidad cristiana y social en su forma más tierna, y en su expansión más verdadera y sincera. Cuando pues deseais que vuestros afectuosos amigos participen de vuestra mesa y de vuestros regocijos domésticos, vuestro deseo es excelente, legítimo y cristiano; hay en él algo que os honra, que demuestra la bondad de vuestro corazón, que regocija y consuela á vuestros convidados, que estrecha los grupos sociales, y los lazos que unen á las familias. Ohrando así, mereceis bien de la Sociedad, del Evangelio y de la Caridad, sobre todo, cuando no consultais sino al bien que de ello resulta, y no os excedéis de los límites de vuestra posición y de vuestra fortuna: porque si es bueno y útil, y hasta cristiano y evangélico abrir las puertas de la casa á los amigos íntimos; si es digno de un corazón generoso trabajar en ensanchar el círculo de ellos, porque así se promueve la

gloria de Dios y el bien del país; hay, sin embargo, reglas de que nadie puede prescindir, y precauciones que tomar para evitar los abusos y no incurrir en excesos deplorables, que con frecuencia deploramos en todas las cosas humanas. Es preciso tener en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar y personas, y no exponerse nunca á comprometer el honor de la casa con invitaciones imprudentes y caprichosas, desitidas de aquella discrecion y tacto cristiano, que deben guiarnos siempre en el cumplimiento de nuestros deberes de honradez social.

2. Dispensadme, hermanos míos, si entro aquí en ciertos pormenores que me repugnan, pero que os pueden ser de alguna utilidad. Para dar una comida, por modesta que sea, se necesitan convidados, y por consiguiente es preciso escogerlos. Nuestra liberalidad, por extraordinaria que sea, tiene ciertos límites impuestos por la misma razon. No podemos, á imitacion del Padre de familia del Evangelio, salir á las calles y caminos para convidar á los primeros que encontremos; ¿sobre quienes, pues, recaerá nuestra eleccion? Nuestros principales convidados deben, por derecho de nacimiento, ser escogidos en nuestra propia familia. Cuando con motivo de algun cumpleaños, ó de algun fausto acontecimiento, damos una pequeña fiesta, nuestra primera necesidad, así como nuestro primer deber, es llamar á las personas que nos están unidas por los vínculos de la sangre, para que participen de ella; no desatendamos ninguna de las circunstancias que pueden estrechar los miembros de la propia familia, cuando son tantas las causas que contribuyen á dividirla. Que nuestras preferencias y nuestras primeras atenciones sean para los nuestros, sobre todo para los menos afortunados, segun el mundo. Las fiestas más bellas, las más dulces y tiernas son siempre las de las familias unidas, que forman como una corona de afectos al rededor de una mesa comun, presidida y bendecida por las personas más venerables por su edad y virtud. Sin embargo, guardémonos, hermanos míos, de que, esa primera atencion para con nuestros deudos sea exclusiva, porque sería un acto de egoismo colectivo. A los deudos deben seguir los amigos verdaderos y sinceros. ¿Hay por ventura acá abajo, quién no haya experimentado la necesidad de un amigo fiel con quién desahogar sus penas, consultar sus dudas ó sus esperanzas? Con un amigo el hombre vive; sin amigo, unicamente vejeta. Se ha dicho del sacerdote, y con razon, que entre su alma y la de los cristianos que está llamado á dirigir, existe como una especie de matrimonio; del mismo modo puede decirse que entre dos amigos hay una especie de parentesco de corazon y de alma; y nada más natural, por consi-

guiente, que despues de las personas que nos están unidas por los vínculos de la sangre, demos otros una preferencia especial por las personas que amamos y nos merecen estimacion y simpatias.

Finalmente, hermanos míos, para completar nuestro regocijo en las fiestas y comidas de familia, no os olvidéis en ellas del pobre, que es el representante de Dios; haced que lleguen hasta él siquiera algunas migajas de vuestro festín, aliviad sus entrañas torturadas por el hambre, y él os dará en cambio los bienes del Evangelio, de los cuales es como el dispensador. No os aconsejo, hermanos míos, que abrais vuestra casa á los mendigos, como lo practicaban San Luis rey de Francia y otros Santos, pues semejante acto, en estos tiempos de decadencia, sería demasiado bello, demasiado admirable, y perfecto en la vida ordinaria; lo que os pido es, que abriguéis esta disposicion en vuestros corazones, y que suplais por una invencion de una caridad ingeniosa, lo que la prudencia y la razon de vuestro estado no os permitan hacer de una manera explicita y ostensible.

Tales son las reglas que deben guiarnos, hermanos míos, en la eleccion de vuestros convidados. Siguiendo el orden que os he indicado, tendreis la dicha de reunir en torno vuestro á los representantes de la familia, de la amistad, y de la caridad. Mas aún en esas mismas condiciones ha de procederse á la invitacion con cierta prudencia. Al examinar las calidades de las personas de vuestra familia ó de vuestra intimidad, considerad, no solo quienes son, sino también la opinion de que gozan en público, su probidad, su religiosidad. Se ha dicho que lo que caracteriza á un buen convidado es su génio, su buen humor, su jovialidad y un gran repertorio de anécdotas y de frases que provoquen la risa. Sin duda esas calidades son preciosas para complacer y divertir á una sociedad ligera, y de un orden muy inferior y secular. Lo que ante todo debe distinguir á un convidado es la honradez moral, una reputacion íntima, el respeto de sí mismo y el sentimiento de las conveniencias y miramientos debidos á la hospitalidad y á la casa de un deudo ó de un amigo. Estos son títulos esenciales y que deben tenerse en cuenta acerca de las personas que han de admitirse en vuestras fiestas domésticas. Un padre de familia, una madre de muchos hijos nunca procederán con sobrada cautela, ni se mostrarán excesivamente severos cuando se trata de introducir en su casa lobos devoradores cubiertos con la piel de oveja. ¿Cuántas familias lloran á lágrima viva la traicion, la ruina y hasta el deshonor que entraron por la puerta de una falsa amistad, de una maledicencia divertida, de una galanteria diabólica! No pretendo con esto desterrar de los banquetes la alegría natural, sino que

ésta sea una alegría dulce y respetuosa, una alegría de buena ley, y que no pueda ofender á la inocencia ni á las buenas costumbres.

Después de la cuestion de la calidad de los convidados, no debe olvidarse la de los puestos que debe ocupar cada uno de ellos. Este detalle tal vez os parezca, hermanos míos, algo inconveniente en mis labios y poco digno de esta cátedra; pero me exusaré si recordais que Nuestro Señor consideró este punto digno de su enseñanza. No pretendo conocer el arte difícil de ordenar un banquete, ni las reglas que deben tenerse presentes en la colocacion de los convidados, donde el uso y la etiqueta representan un gran papel; mas no temo decir, que aun tomando en consideracion las susceptibilidades, las relaciones y las preferencias que deben guardarse, si alguna distincion hay que hacer, hágase en favor de la ancianidad y de los cabellos blancos; si hay que tributar honor, este de derecho corresponde al sacerdote, al hombre del Evangelio; y si fuese indispensable alguna atencion delicada, ésta debe recaer á favor de la desgracia y del infortunio. Claro está que no hablo aquí de esas comidas políticas ó diplomáticas, donde la cuestion de preferencias han sido más de una vez causa de trastornos y hasta de guerras; hablo de las comidas más modestas y ménos tumultuosas que las familias se dan reciprocamente en espíritu de conciliacion y de amistad.

Concluyo, hermanos míos, con algunas palabras acerca de la conversacion, que es uno de los más poderosos resortes de la sociabilidad humana, el principal elemento de toda sociedad y el sazamiento necesario de todas las reuniones, que sin ella languidecerian. Suprimid la conversacion y la sociedad quedará transformada en un sepulcro; devolvedle, por el contrario, la palabra fácil, discreta y prudente, y le devolvereis la vida y el movimiento. La conversacion pues, es en sí misma el excelente y sabroso condimento en una comida de amigos. Pero debe ser sóbria, y sobre todo caritativa. Si el genio de la conversacion no se divorcia nunca de la verdad y de la caridad, nuestras reuniones, nuestras fiestas de familia serán amables, dulces y apetecidas, y disfrutaremos de las verdaderas y puras expansiones de corazones unidos segun el Evangelio.

Deténgome aquí, hermanos míos, pues creo haber explicado la naturaleza de nuestras relaciones sociales, sus móviles, y su objeto; si las ordenais conforme á las reglas que os he trazado, ellas serán suaves, útiles y santas. Se dice con frecuencia: ¡Dichosos los ricos y festejados en el mundo! yo os digo: ¡Dichosos los justos y que aman á Dios! ellos serán honrados y bendecidos por sus deudos y amigos; sus fiestas domésticas serán las del honor y de la virtud: distraccio-

nes, goces, expansiones, todo respirará amable regocijo, todo será conforme á la virtud; y despues de haber gozado en este mundo de las santas emociones y castas afecciones de la familia y de la amistad, irán á ocupar un puesto en el festin de los escogidos por el Cordero, para bendecirle por toda la eternidad. Amen.

RELIGION

(LA)

ES NECESARIA AL ESPÍRITU.

I.

*Contrito et infelicitas in vultu eorum,
et clam pœnitentiam cognoverunt.
No hay sino tristeza y afliccion en sus
caminos: nunca conocieron el sendero de
la paz.*

(SALM. XLI, 3.)

Entre las cuestiones importantes que cansan y aún abruman la inteligencia del hombre, ninguna hay que no tenga por objeto su descanso, su dicha, su felicidad. Nadie hay que no ande con el mayor anhelo en busca de la paz del espíritu, del sosiego del corazón, como haciendo consistir en ello su último fin, su bien primero. Cada cual se agita, y se mueve en un sentido diferente y por diversos caminos; pero todos, todos para arribar al mismo término.

El descanso del espíritu, la paz del corazón son el objeto ardientemente deseado por todos los hombres que piensan, son el mayor de todos los bienes, y el que nos hace considerar todos los demás como placenteros y aceptables. ¿Qué son, efectivamente, todos los goces humanos sin la paz del alma? Poco hace que lo exterior sea hermoso, que cierto brillo, cierta apariencia de felicidad se nos venga á las narinas, si una pasión desconocida, si una turbación interior, si una secreta, íntima desgracia derrama sobre nuestra alma y corazón hieles y amarguras: sería á lo más un fruto hermoso á los ojos, pero que